

LUIS ALBERTO QUESADA: «NO HAY QUE OLVIDAR LA HISTORIA DE LOS HOMBRES SIN HISTORIA».

*a cura di Horacio Vázquez Rial*

Luis Alberto Quesada es una leyenda de la guerra civil. Delgado, elegante, sencillo, fue el comisario político más joven de la República española y, después de la contienda, pasó casi dos décadas en las cárceles del franquismo. Lo que había sido un azar, fue luego la clave de su destino: Quesada había nacido en la Argentina, y eso permitió al gobierno democrático de Arturo Frondizi reclamar su liberación. Es el autor de un libro estremecedor, *La saca*, una colección de relatos acerca de los hombres que, noche a noche, amanecer a amanecer, esperaban oír su nombre en la lista leída por los carceleros, esperaban ser *sacados* y conducidos al paredón de fusilamiento. Podía tocarle a cualquiera. Después, Quesada siguió publicando libros de relatos y poemas. El último, dedicado a la memoria de los héroes anónimos de la guerra civil, es *Vida, memoria y sueños*, editado en Buenos Aires. Conversé con él más exactamente, le escuché y le grabé en la Universidad Autónoma de Barcelona, donde se reunió a finales de noviembre un Congreso sobre el exilio literario español.

*P. ¿Cómo empezó para ti la guerra?*

R. Empecé la guerra con la gente que salía de las Milicias de Cuatro Caminos. Eran los Chapaiev, que habían tomado su nombre del guerrillero soviético, una banda de locos dispuestos a defender la República. Pero poco después, cuando se creó el Comisariado de guerra, fui nombrado comisario de compañía con 17 años recién cumplidos. No sólo era muy joven, sino que era uno de los primeros comisarios. Me mandaron al Batallón Comuneros de Castilla, un batallón anarquista. Los anarquistas, como sabes, estaban entonces en contra de la militarización. Mira qué regalo. Yo era de la Juventud socialista unificada y me dieron el regalo del Batallón Comuneros de Castilla. ¡Yaya follón! Yo trataba de explicarles que no se

podía hacer una guerra si los combatientes decían: «Nosotros somos voluntarios y nos vamos cuando queremos». ¿Cómo os vais a ir cuando queráis, de pronto, en un combate?

Parece claro, pero yo era muy inexperto y me costaba hacerme comprender, hacerles llegar la idea de organización, hablándoles de cómo habían sido todos los ejércitos del mundo y todas las revoluciones del mundo, y de lo que sucedía si no era así. Tuve la suerte de que un veterano anarquista, que debió de apiadarse de mi cara de ingenuo, de pobre tipo, me diera la razón. Había cinco que decían: «Yo me voy antes de la militarización, porque mis conceptos y mi educación y mi historia no me permiten pasar por eso». Y en aquel momento se me ocurrió, no sé si por sabiduría, por apuro o por inexperiencia, proponer que el anarquista que me había dado la razón, si ellos estaban de acuerdo, fuese el comisario de la compañía y lo aceptaron por mayoría.

Como imaginarás, estuve allí muy poco tiempo. Luego nos dijeron de Madrid que formáramos un Comité de Frente de la Jsu. Formamos un comité con Melke, que vive todavía, que ha pasado 23 ó 24 años en la cárcel, y con Sinovas, que era un cubano... La línea del frente estaba en algún punto de la carretera de Toledo, por donde avanzaban los fascistas hacia Madrid. Los del Comité del Frente carecíamos por completo de experiencia, no sabíamos nada de la guerra. Habíamos aprendido a manejar el fusil en los camiones. La gente que, presuntamente, tenía alguna responsabilidad, los oficiales, venían en coche, nos saludaban, nos daban consejos y se marchaban. Miraban el reloj, decían que tenían que hacer y se marchaban. Después he vuelto a pensar en todo eso, pero como no podemos reempezar la guerra... ¡Aquella gente que nosotros tomábamos en serio...! Hacíamos trincheras, venían los tanques, atropellaban todas las alambradas, pasaban por encima de las trincheras y avanzaban, y no había otra solución que correr. Y durante todo ese tiempo, al menos donde yo estaba, jamás se nos dio una idea exacta de probabilidad de contención de los tanques, que fueron fundamentales en Madrid. Yo creo, al cabo de tantos años de reflexión, que ésa es una cuestión propia de los ejércitos, es decir, una forma más de examinar al jefe, al que manda... Actualmente, experimento una cierta aversión hacia los grandes títulos, hacia los grandes primeros, que nos han colocado siempre en posiciones difíciles, no porque nosotros quisiéramos ser algo, sino porque ellos se creían insustituibles... y no quiero hacer nombres porque, a lo mejor, en alguno, me equivoco...

*Aquello fue el principio de la guerra. ¿A dónde te enviaron después?*

Después, me destinaron a una unidad del Sur del Tajo y allí, no porque tuviese ninguna característica especial, sino porque estaba convencido de lo que defendíamos en la guerra... no sé si había cumplido los 18 años, creo que no, los 17, allí llegué a ser el comisario político más joven de la guerra civil española. Estaba con el comandante, teniente coronel, creo que teniente coronel, Ropero, militar profesional. Con Ropero, yo creo que en parte por mi ingenuidad, en parte por las características de la guerra, nos entendíamos perfectamente, porque era un tipo con el cual uno se ponía de acuerdo, y yo le proponía cosas que no estaban dentro del cuadro de la estructura militar y que le agradaban. Por ejemplo, cuando se estableció el mando en la plaza de Navahermosa de Toledo. En ese mando había habido otra gente, de una severidad cerrada, y estaban prohibidas las reuniones de jóvenes, a determinadas horas había que apagar las luces, habían puesto los carros y otros bienes de los campesinos a disposición del ejército...

A mí, como a otros de la Isu, se nos ocurrió, después de leer el bando, la diablura de invertirlo. Los que nos habían precedido eran republicanos, y no eran mala gente, pero creo que tenían una mentalidad cerrada, y seguramente había un desfase entre la gente del ejército y los campesinos. Se nos ocurrió hacer un bando igual que el otro, pero al revés. Por ejemplo, si ponía: «Artículo primero: está prohibida toda reunión de más de tres personas sin permiso de la comandancia militar», nosotros decíamos: «Artículo primero: todas las personas que quieran reunirse, sean tres o más, no necesitan permiso de la comandancia militar...». «Está prohibido salir por la noche después de tales horas y llevar luz y no sé qué más...». Examinamos la cuestión con Ropero y llegamos a la conclusión de que eso no era peligroso. «Los caballos y enseres de los campesinos están a merced de las órdenes que puedan recibir en el momento en que sea necesario...». Pues no: «Los caballos y enseres de los campesinos no pueden ser utilizados más que con el permiso de sus dueños, y no lo puede exigir la comandancia...».

Eso nos dio otro aire, cambió la situación... Hubo un momento en que estuvieron a punto de perderse las cosechas. Hablé con Ropero, que estuvo de acuerdo y al que, además, le entusiasmaban esas cosas, y le pedí que segadores de las distintas unidades se unieran en cuadrillas; para que hubiera una cierta competencia de trabajo, gallegos con gallegos, andaluces con andaluces, castellanos con castellanos, que eran la mayoría... Los campesinos se sorprendieron porque ellos habían venido a decirme que se perdían las cosechas, y yo les dije: «¿Tenéis hoces?». «Sí, claro, pero la mayoría de la gente está afuera». «Nosotros vamos a solucionarlo». Y formé una fuerza de reserva, los segadores voluntarios, para hacer las cosas, con casi ochocientos tíos... tú imagínate, segando... conseguimos que se salvara la cosecha.

*Eso fue inmediatamente antes de Madrid.*

Pues sí, en eso estábamos cuando nos llamaron de Madrid, donde necesitaban refuerzos. Estaba encima el 7 de noviembre. Entonces, uno de los batallones se trasladó a Madrid, y yo me fui con él. Vino el comandante Pareja, de una de las brigadas... Nos alojaron en la Castellana. Traíamos los fusiles del caso y tal, y nos dábamos cuenta, porque yo iba por el local de la Jsu, de que la situación era crítica. Entonces, Pareja y yo nos largamos hacia el ministerio de la Guerra... ¡Vimos una soledad!... Entrábamos en las habitaciones y estaban los cajones abiertos, los papeles por el suelo, tirados, hasta que, por fin, encontramos, en esa soledad, porque no había empleados, no había nadie, sólo cajones y papeles tirados... al fin, encontramos, en aquella soledad, a Margarita Nelken y al teniente coronel Meretskov. Y Margarita dice que ella no está allí porque sea valiente, sino porque conoce la velocidad de los coches y la velocidad de la infantería y de los tanques enemigos, que son mucho más lentos que los automóviles... Meretskov nos reúne y le informamos de todo lo que tenemos, y él basa toda su táctica en nosotros, en ese batallón que estaba escondido, del que no se sabía que estaba allí, porque, en el desorden, se han llevado papeles y Meretskov no sabe nada. Además de fúsiles, tenemos ametralladoras de la guerra del 14, entonces todavía en uso en el ejército español. Y entonces Meretskov hace una cosa prodigiosa, salvadora: dice que los tanques han ido avanzando, pero que ahí estamos nosotros, el batallón antitanques, con ametralladoras antitanques. Y yo, sin experiencia, le digo a Meretskov que no son antitanques. Se lo digo en voz baja, con prudencia. Y Meretskov repite, con voz en grito, al batallón: eso, lo que tú dices, el batallón antitanques... y vamos para la plaza de la Moncloa. Ésa es una de las historias que cuento en *Vida, memoria y sueños*. Así, vamos hacia allí. Yo no digo eso de los antitanques, no sé por qué, porque lo debería haber dicho. Porque los hombres del batallón son mineros de Río Tinto, porque el batallón inicial del Sur del Tajo era el Batallón de Choque de Huelva, cuya brigada atiendo, y de cuya división me hago cargo luego accidentalmente. Todos eran mayores que yo, y todos me protegían, no me veían como a un comisario político. Son los del batallón de Río Tinto, y me dicen: «Comisario, no te apures, ¿hay dinamita?». «Vamos a ver». Mando un enlace y Meretskov dice: «Toda la que queráis». Y los mineros preparan los cartuchos, hacemos zanjas antitanques en la Plaza de la Moncloa y en todo el sector. Tenemos el mando en la fábrica Gal, y el olor es tremendo, porque en los bombardeos se mezcla todo y allí no queda perfume. Contenemos en esa subida a los tanques enemigos. Tuvimos muchas, muchas bajas, pero la idea la dieron, como otros trabajadores en otros lugares, los mineros de Río Tinto. Y yo no he escuchado que nadie hablara de estas cosas.

*Tú has insistido siempre en destacar el papel de esos hombres cuyos nombres no recoge la historia...*

Es que he hecho una serie de experiencias que confirman esa visión... en Cataluña, por ejemplo. Entre ellas, las dos operaciones del Segre. La primera operación fue un desastre militar, concebido por los militares... el tanque en que yo estaba se quedó empantanado en el río, en nuestro sector, entre Aitona y Seros. Los tanques se quedaban allí. Pese a todo, fue una operación sin consecuencias. En el segundo Segre, se aceptó el planteamiento de nuestra brigada, la 68, que estaba encargada de cruzar el río y romper toda la cadena del frente fascista. A propósito del cruce del río, tuvimos una reunión muy extensa, allí, donde se nos dieron montones de explicaciones, más que inútiles, peligrosas, porque estábamos en guerra, y el que había recibido aquella explicación, al día siguiente, debía prepararse.

*¿Quién daba las explicaciones?*

Un jefe de Estado Mayor. Había una notable concentración de jefes. Nos planteó que había que cruzar el río, romper el frente fascista y avanzar. Una vez roto el frente por nosotros, vendrían las unidades de refresco para seguir avanzando. La gente de abajo, que no sabía nada de táctica, se dio cuenta de que en los mapas militares, los vados de los ríos estaban en el mismo sitio en que estaban treinta años atrás. El militar que está en guerra, pone en cada vado una casamata. Vado puesto en el mapa militar, de los franquistas y de los nuestros, casamata que había. Entonces, se nos ocurrió recurrir a los pastores, como habíamos recurrido a los mineros en la Batalla de Madrid. Tenía uno o dos pastores en la unidad, cuyo nombre no recuerdo. Los pastores examinaron el mapa y comprendieron. «Aquí hay un vado», decían. íbamos y veíamos que no había casamata. Era un vado no militar, era un vado de pastores. Por la noche, hicimos unas cuantas pruebas, y gente nuestra pasó al otro lado y no encontró nada. Decidimos cruzar el río entre Aitona y Seros. Cruzamos el río e hicimos prisionero a todo el batallón canario. A todos. Y el jefe del batallón canario no entendía... Yo tenía 18 ó 19 años, y me había dejado bigote para que me respetaran, y fumaba y bebía... Y el jefe del batallón canario preguntaba: «¿Dónde están los soviéticos?». «¿Qué soviéticos?». A él, lo que más le jodía era que fuésemos unos imberbes... ¿Cómo habíamos cruzado? Los pastores nos señalaron por dónde teníamos paso, y allí no había nadie. Todo el batallón fue hecho prisionero y enviado a la retaguardia... Y no faltó quien hablara de asesinatos y de otras cosas oscuras... Todo el batallón, con el teniente coronel, fue enviado a la retaguardia. Empezamos a avanzar. No teníamos enemigos delante. Cogimos a unos tíos que venían con una pieza de artillería. Los tenientes iban en un coche. Nos quitamos los emblemas y los paramos. ¡No, es que nosotros...! ¡Un poco de respeto! Protestaban. ¡Bajen, bajen! Les ordenábamos. ¡Pero cómo vamos a bajar...! Se resistían con soberbia. Hasta que les dijimos: ¡Bajen,

que somos los rojos! Se pusieron pálidos. Les desarmamos... Total, que avanzamos, avanzamos, avanzamos... Llegó un momento en que dijimos: «Paramos aquí y mandamos un enlace». Bueno, mandamos el enlace y esperamos todo el día. Al atardecer, llegó con la orden de que nos replegáramos, porque no había refuerzos. Así fracasó la batalla del Segre, que tenía por objetivo descongestionar el Ebro, lo cual, creo, hubiese sido fundamental, aunque más no fuera, para llevarse a los ancianos que había por allí. No hubo ninguna unidad de refuerzo, de ninguna clase. Llegamos a pedir que se movilizara a los sindicatos... Y nos dejaron entre Aitona y Seros. El enemigo abrió la presa de Camarasa, se llevó el puente provisorio que se había tendido, y quedamos entre la espada y la pared, sin refuerzos. En dos o tres oportunidades, el enemigo tomó una cota, en Seros o en Aitona, no recuerdo, y nosotros, por la noche, la recuperamos. En ese forcejeo nos mantuvimos hasta que se abrió la posibilidad de retirarnos y la aprovechamos.

*En ese mismo sentido, el de la reivindicación de los héroes anónimos, me hablabas antes del caso de Teruel, con el general Leopoldo Menéndez, Polito Menéndez, a cargo.*

Ante lo de Teruel, hubo una reunión militar, a la que yo asistí. Seguramente tenía el mando Polito Menéndez, porque estaban allí Galán y otros de sus allegados. Había que tomar Temei, y yo diría que la situación era bastante similar a la del cruce del Segre. Desde un punto de vista militar. Los propios militares no se daban cuenta, al transmitir su idea de la táctica y la estrategia globales, que nosotros no éramos gente preparada. Y digo nosotros por no establecer diferencias. Había peones camineros o campesinos sin formación aunque con un valor considerable. Hubo una reunión larga de preparación para la toma de La Muela de Temei. Y ahí estaba Olmeda, a quien llamábamos Olmedilla, un diminutivo cariñoso. Él no pertenecía a mi brigada, pero nos conocíamos porque era de Madrid.

*¿Cuál era tu brigada?*

Yo estaba en las unidades que se habían formado en Daimiel y Valdepeñas, en la 216, de comisario... En la reunión final, el jefe de Estado Mayor que hablaba miraba a Olmedilla, que no seguía la explicación, digamos, científico-técnica, sino que estaba preocupado por otra cosa. Su batallón era el que tenía que romper el frente y llegar a La Muela. El caso es que salimos y Olmedilla, dejando de lado todo lo que había oído, dijo: «Estamos aquí y que me señalen cuál es La Muela esa». Le señalaron La Muela y él contestó: «Si ésta es la que hay que tomar, el batallón mío la toma». Al día siguiente, al caer la tarde, Olmeda subió con el batallón y murió en la toma de La Muela. Entonces, ya hago una síntesis: mis pastores del Segre, el albañil de Madrid, mis mineros, tienen una historia grande, tan grande, tan grande como los primeros generales de la Guerra Civil Española... Sin sus

conocimientos, pero con un comportamiento ejemplar. Y eso es lo que a mí me ha movido a seguir con esta historia, que es larga, y a luchar, porque muchos de ellos, como el Olmedilla, cayeron, y muchos de los carismáticos que yo conocí en esta época, andaban a los saltos para no pisar charcos, y se pasaron. Que no importa, que el hombre tiene la posibilidad de cambiar y reflexionar, pero, cuando hay muertos que uno ha dirigido, heridos que uno ha dirigido, encarcelados que uno ha dirigido, no tiene ya posibilidad de cambiar, si no da explicaciones, y explicaciones muy serias, de por qué se produce su cambio de conducta, y esas explicaciones no se han dado.

### *¿Cómo terminó la guerra para ti?*

En Francia, en un campo. Los que estábamos en los campos de concentración. Los que estábamos allí, en Francia, queríamos ir al ejército y luchar, pero no queríamos ir a los batallones de marcha. El gobierno francés era muy reaccionario, tenía detenidos antifascistas, comunistas franceses, y los mandaba a batallones de indeseables. La República Francesa no podía defender nada porque a la mejor gente la tenía en la cárcel. Nosotros aceptamos colaborar y fuimos a un batallón de fortificación. Cuando digo “nosotros”, me refiero a los del campo de Bourges, donde recluían no sólo a los de las Brigadas Internacionales, sino a todos los que tenían alguna documentación o registro que indicara que habíamos nacido en el extranjero. Fui elegido democráticamente jefe de la sección que integraban argentinos, latinoamericanos... estaba Kubichy, que creo que era cubano, y el resto eran argentinos, españoles... Yo tenía un cabo de gendarmes que hacía de enlace y hablaba castellano. El capitán de gendarmes era un hijo de puta en castellano y en francés, un tipo muy reaccionario. Cuando los alemanes atacaron, nosotros estábamos haciendo la prolongación de la línea Maginot por la frontera; a ningún militar francés se le había ocurrido que había una abertura, y por ahí entró el ejército alemán. Y o le decía al gendarme intérprete: «Ya verán cuando empiece la fiesta». Nos hicimos muy amigos y empezamos a dar órdenes a través de él, y logramos, corriendo en retirada y sobre la marcha, que él les dijera a sus paisanos que no éramos indeseables, que éramos militares españoles. Querían que nos quedáramos con ellos y les aconsejábamos. Eramos varios. Los soldados acabaron considerándonos como militares de la guerra de España. El capitán francés hijo de puta nos quería entregar a los alemanes, porque creía que así haría méritos ante ellos. Yo le quité la bicicleta y todos empezaron a disparar sin dar en el blanco, y conseguí escapar y llegar a Burdeos. Estas cosas te las cuento porque la tramoya de la guerra, que es la gente de abajo, figura poco en los programas históricos que se confeccionan luego. Lo que sí tiene interés es la transmisión de la experiencia de los dirigentes llamados carismáticos, de los héroes de despacho.

*Tras aquello, diecinueve años de cárcel bajo el franquismo, y la salida hacia el exilio argentino. Tu experiencia de exiliado no fue, por supuesto, similar a la de los que se marcharon en el 39...*

Yo llegué en el '59 a la Argentina de Frondizi, donde había una especie de asentamiento del exilio. Cada uno se había situado. Llegué con la familia, me dejé usar para todos los actos, todos los mítines, y busqué trabajo y lo conseguí enseñando. En la cárcel permitían la clase de contabilidad y organización de empresas, y te enseñaban sabiendo contabilidad, y me coloqué nada más llegar a Argentina, de ayudante de contador. Y escribí mis libros...